

# CRISTO EN LA IGLESIA

Todos los Símbolos de la fe católica —el Santo Padre Paulo VI quiso recordarlo solemnemente hace pocos meses, al concluir el Año de la Fe— confiesan a una voz que Jesucristo Señor Nuestro, Hijo Unigénito y sempiterno del Padre, nacido en el tiempo, de la siempre Virgen María, *habitó entre nosotros con plenitud de gracia y de verdad. Anunció e instauró el Reino de Dios y nos hizo conocer en El al Padre. Nos dio un mandamiento nuevo: amarnos los unos a los otros como El nos ha amado. Nos enseñó el camino de las bienaventuranzas del Evangelio: la pobreza de espíritu, la mansedumbre, el dolor soportado con paciencia, la sed de justicia, la misericordia, la pureza de corazón, la voluntad de paz, la persecución soportada por la justicia. Padeció en tiempos de Poncio Pilato, como Cordero de Dios que lleva sobre sí los pecados del mundo, y murió por nosotros en la Cruz salvándonos con su sangre redentora. Fue sepultado y por su propio poder resucitó al tercer día, elevándonos por su Resurrección a la participación de la vida divina, que es la vida de la gracia. Subió al Cielo y vendrá de nuevo, esta vez con gloria, para juzgar a vivos y muertos, a cada uno según sus méritos: quienes correspondieron al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna; quienes lo rechazaron hasta el fin, al fuego inextinguible. Y su reino no tendrá fin*<sup>1</sup>.

Sin embargo, a través de la historia, Cristo sigue presente en su Iglesia de una manera escondida, visible sólo a los ojos de la fe. Lo había prometido a sus Apóstoles momentos antes de as-

(1) Paulo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 30-VI-1968;

cender a los cielos: *Yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos*<sup>2</sup>.

#### PRESENCIA DE CRISTO EN LA IGLESIA

El Señor triunfante y glorioso sigue asistiendo a la Iglesia peregrina, y en ella se hace presente de muy diversas formas, como prenda de esa unión total y definitiva que esperamos. *Presente está Cristo en su Iglesia orante, siendo El quien «ora por nosotros, ora en nosotros y a El oramos: ruega por nosotros como Sacerdote nuestro, ruega en nosotros como Cabeza nuestra, a El le rogamos como a Dios nuestro»*<sup>3</sup>; y es El mismo quien ha prometido: *«donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»*<sup>4</sup>. *Presente está El en su Iglesia que ejerce las obras de misericordia, no sólo porque, cuando hacemos un bien a uno de sus hermanos pequeños, al mismo Cristo se lo hacemos*<sup>5</sup>; sino también porque es Cristo mismo quien realiza estas obras por medio de la Iglesia, y socorre así continuamente a todos los hombres con su divina caridad. *Presente está en su Iglesia peregrina, que anhela llegar al puerto de la vida eterna, ya que El habita en nuestros corazones por la fe*<sup>6</sup> y difunde en ellos la caridad por obra del Espíritu Santo que nos ha dado<sup>7-8</sup>.

En la predicación de la palabra de Dios, que es motivo de escándalo para los judíos y parece una locura a los gentiles<sup>9</sup>, también está presente Cristo, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla<sup>10</sup>. El Evangelio que se anuncia es la Palabra de Dios, y solamente en el nombre, con la autoridad y con la asistencia de Cristo, Verbo de Dios encarnado, se anuncia, a fin de que haya *«un solo rebaño seguro en virtud de un solo pastor»*<sup>11-12</sup>. Por esta razón San Pablo, encarcelado ya y próximo al martirio, enseñaba a Timoteo que la palabra de Dios no está encadenada<sup>13</sup>, después de haber alabado la fe de los tesalonicenses porque cuando recibisteis la palabra de Dios, oyéndola de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombre, sino —según es verdaderamente— como palabra de Dios que fructifica en vosotros<sup>14</sup>.

(2) *Matth.* XXVIII, 20; (3) San Agustín, *Enarrat. in Ps. LXXXV*, 1; (4) *Matth.* XVIII, 20; (5) *Cfr. Matth.* XXV, 40; (6) *Cfr. Ephes.* III, 17; (7) *Cfr. Rom.* V, 5; (8) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; *Cfr. Concilio Vaticano II, const. Sacrosanctum Concilium*, n. 7; (9) *I Cor.* I, 23; (10) *Concilio Vaticano II, const. Sacrosanctum Concilium*, n. 7; (11) San Agustín, *Contra litt. Petiliani* 3, 10, 11; (12) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (13) *II Tim.* II, 9; (14) *I Thes.* II, 13;



También Cristo está presente en su Iglesia que rige y gobierna al pueblo de Dios, puesto que la sagrada potestad deriva de Cristo, y Cristo «Pastor de los pastores»<sup>15</sup>, asiste a los pastores que la ejercitan, según la promesa hecha a los Apóstoles.

Además, en modo aún más sublime, está presente Cristo en su Iglesia que ofrece en Su nombre el Sacrificio de la Misa<sup>16</sup> —en la persona del ministro que lo realiza<sup>17</sup>—, y en la vida misma de la Iglesia, que conmemora —a lo largo del año litúrgico— los misterios de su vida. Por eso el año litúrgico, alimentado y seguido por la piedad de la Iglesia, no es una representación fría e inerte de cosas que pertenecen a tiempos pasados, ni un simple y desnudo recuerdo de una edad pretérita; sino más bien es Cristo mismo que persevera en su Iglesia y que prosigue aquel camino de inmensa misericordia, que inició en esta vida mortal cuando pasaba haciendo el bien<sup>18</sup>, con el fin admirable de que las almas de los hombres se pongan en contacto con sus misterios y en cierto modo vivan de ellos<sup>19</sup>.

El Señor, por fin, está presente con su virtud en los sacramentos<sup>20</sup>; acciones de Cristo, que los administra por medio de los hombres y que, por virtud de Cristo, al tocar los cuerpos infunden la gracia en el alma<sup>21</sup>.

#### PRESENCIA EUCARÍSTICA

El Señor está presente, pues, en medio de los fieles reunidos en su nombre, en la predicación de la palabra divina, en la liturgia y en la administración de los sacramentos. Estos varios modos de presencia llenan el espíritu de estupor y ofrecen a la contemplación el misterio de la Iglesia. Pero es muy distinto el modo, verdaderamente sublime, con el cual Cristo está presente a su Iglesia en el sacramento de la eucaristía, que por eso es entre los demás sacramentos «el más suave por la devoción, el más bello por la inteligencia, y el más santo por el contenido»<sup>22</sup>, ya que contiene al mismo Cristo y es «como la perfección de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos»<sup>23</sup>. Tal presencia se llama «real» no por exclusión, como si las otras no fueran «reales», sino por antonomasia, ya que es además corporal y

(15) San Agustín, *Enarrat. in Ps. LXXXVI*, 3; (16) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (17) Cfr. Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7; (18) Cfr. *Act. X*, 38; (19) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947; (20) Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7; (21) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (22) Egidio Romano, *Theor. de Corp. Christi* 50; (23) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 73, a. 3 c;



sustancial y por ella se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro<sup>24</sup>.

La verdad de la presencia real, corporal y sustancial de Cristo en la Eucaristía, fue revelada por El mismo durante el discurso que pronunció en Cafarnaúm, después de haber hecho el gran milagro de la multiplicación de los panes: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo daré es mi carne, para vida del mundo. Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros diciendo: ¿cómo puede éste darnos a comer su carne?*<sup>25</sup>. No entendieron la promesa del Señor porque sus palabras, tan limpidas, se hacen impenetrables a quien no se deja penetrar por la luz de la fe. *¿Cómo puede ser?* —nos parece oír murmurar a alguno de vosotros—, *¿cómo puede ser una cosa semejante, que nos saca fuera de toda experiencia acostumbrada, de todo conocimiento habitual del mundo físico, de toda posibilidad de comprobación sensible?*... Estas formas características de la mentalidad y de la cultura moderna —decía el Papa Paulo VI— *detienen alguna vez al hombre profano ante el anuncio que aquí repetimos: Cristo está con nosotros; y vuelven a poner en sus labios los comentarios negativos de los oyentes del gran discurso eucarístico de Cristo en Cafarnaúm: «duras son estas palabras; ¿quién podría escucharlas?»*<sup>26-27</sup>. Es la reacción de quien no quiere aceptar la palabra de Cristo, porque su regla suprema de verdad es la propia razón; o del que pretende entenderlas a base de hacer fáciles comparaciones del relato escriturístico con las fantásticas leyendas de los antiguos misterios del paganismo: vano y puntilloso alarde científico de erudición, que se convierte en velo de la revelación evangélica.

Hay quien intenta limitar la plenitud de la palabra divina: se trata —dicen— de una simple cena ritual, es decir, no de una presencia real sino de una presencia sólo simbólica<sup>28</sup>. Es verdad que en la Eucaristía se encierra cierto simbolismo, como ya enseñaba San Pablo a los corintios: *porque uno solo es el pan, un solo cuerpo constituimos todos los que de ese pan participamos*<sup>29</sup>. Pero el simbolismo eucarístico, aunque nos hace comprender bien el efecto propio de este sacramento, que es la unidad del Cuerpo Místico, no explica

(24) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (25) *Ioann.* VI, 51-53; (26) *Ioann.* VI, 60; (27) Paulo VI, *Homilía en el Congreso Eucarístico de Pisa*, 11-VI-1965; (28) Paulo VI, *Homilía*, 15-IV-1965; (29) *I Cor.* X, 17;



ni expresa, sin embargo, la naturaleza del sacramento, por la cual éste se distingue de los demás<sup>30</sup>. El discurso de Jesús es inequívoco: *mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre en Mí permanece, y Yo en él*<sup>31</sup>. Es una promesa de vida eterna que requiere, a cambio, un esfuerzo por nuestra parte, que no es de inteligencia humillada, sino de inteligencia dócil, vigilante y amorosa: requiere la fe<sup>32</sup>. La Eucaristía es «*mysterium fidei*», misterio de fe. Luz vivísima, luz dulcísima, luz certísima para el que cree; rito opaco para el que no cree... El que lo acoge, elige. Elige con la vigorosa conclusión de Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna»<sup>33-34</sup>.

El Padre nos ha hablado del ardiente amor por los hombres que movía a Cristo; y con la fe, será el amor lo que nos ayude a penetrar más en el misterio. *Me recuerda la despedida del que necesariamente se tiene que ir, y a la vez querría quedarse; pero el deber —el que sea— le obliga a separarse de los que ama. Y les deja una fotografía, con una dedicatoria tan encendida, que es milagro que no arda la cartulina. No puede hacer más, porque el poder de los hombres no llega tan lejos como su querer. Pero lo que no podemos nosotros, lo puede Dios: se va y se queda: para que le comamos, para que nos hagamos uno con El.*

La promesa de Cristo se hizo realidad durante la Última Cena. *Mientras estaban cenando tomó Jesús el pan y lo bendijo y partió, y se lo dio a sus discípulos diciendo: tomad y comed: esto es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, dio gracias y se lo dio diciendo: bebed todos de él; porque ésta es mi sangre del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos para remisión de los pecados*<sup>35</sup>. Las palabras del Señor eran tan claras, tan categórico el mandato que dio a sus discípulos —*haced esto en memoria mía*<sup>36</sup>— que los primeros cristianos comenzaron a reunirse para celebrar juntos la Cena del Señor, después de su Ascensión al cielo: *todos —cuentan los Hechos de los Apóstoles— perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan y en la oración*<sup>37</sup>. San Pablo mismo testimonia la fe firme en la presencial real, de la primitiva comunidad cristiana de Corinto: *el cá-*

(30) Paulo VI, enc. *Mysterium fidei*, 3-IX-1965; (31) Ioann. VI, 56-57; (32) Paulo VI, *Homilia*, 15-IV-1965; (33) Ioann. VI, 68; (34) Paulo VI, *Homilia en el Congreso Eucarístico de Pisa*, 11-VI-1965; (35) *Matth.* XXVI, 26-28; Cfr. *Marc.* XIV, 22-25; *Luc.* XXII, 15-20; *1 Cor.* XI, 23-25; Concilio de Trento, *sess XIII, cap. 1*; Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 47; (36) *Luc.* XXII, 19; (37) *Act.* II, 42;



liz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la participación del cuerpo del Señor?... Pues todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga. De manera que cualquiera que comiere este pan, o bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor <sup>38</sup>.

La perpetua instrucción impartida por la Iglesia a los catecúmenos —explica Paulo VI en la encíclica *Mysterium Fidei*—... y las mismas palabras de Cristo al instituir la Santísima Eucaristía, nos obligan a profesar que «la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, que padeció por nuestros pecados, y a la que el Padre por su bondad ha resucitado» <sup>39</sup>. A estas palabras de San Ignacio de Antioquía, nos agrada añadir las de Teodoro de Mopsuestia, fiel testigo de la fe de la Iglesia en esta materia, cuando decía al pueblo: «porque el Señor no dijo: esto es un símbolo de mi cuerpo, y esto es un símbolo de mi sangre, sino: esto es mi cuerpo y esto es mi sangre. Nos enseña a no considerar la naturaleza de la cosa propuesta a los sentidos, ya que con la acción de gracias y las palabras pronunciadas sobre ella se ha cambiado en su carne y sangre» <sup>40-41</sup>.

Durante once siglos nadie puso en duda la verdad de la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Fue Berengario, poco después del año mil, el primero que negó la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre del Señor, provocando la reacción unánime de la Iglesia, que se le opuso decididamente en trece Concilios. En el Concilio Romano de 1079, el Papa San Gregorio VII le impuso una profesión de fe en estos términos: *creo de corazón y confieso abiertamente que el pan y el vino que se colocan en el altar, por el misterio de la oración sagrada y por las palabras de nuestro Redentor, se convierten sustancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de nuestro Señor Jesucristo; y que después de la consagración está el verdadero cuerpo de Cristo, que nació de la Virgen, y que ofrecido por la salvación del mundo estuvo pendiente de la Cruz y está ahora sentado a la derecha del Padre; y que está la verdadera sangre de Cristo que brotó de su costado. Y ello no sólo por signo y virtud del sacramento, sino en propiedad de naturaleza y en verdad de sustancia* <sup>42</sup>.

En los siglos siguientes, la Iglesia desarrolló extraordinariamente

(38) 1 Cor X, 16 y XI, 26-27; (39) San Ignacio de Antioquía, *Epist. ad Smyrn.* 7, 1; (40) Teodoro de Mopsuestia, *In Matth. Comm.* 26; (41) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; Cfr. Concilio de Trento, *sess. XIII*, cap. 1; (42) Concilio Romano, *Juramento de Berengario*, año 1079;



el culto latréutico a la Santísima Eucaristía, y el Magisterio precisó aún más la naturaleza de ese cambio misterioso que las palabras de la consagración tenían la virtud de obrar sobre el pan y el vino: *la conversión eucarística es una conversión sustancial, es decir, Cristo no puede estar así presente en este Sacramento más que por la conversión de la realidad misma del pan en su Cuerpo y por la conversión de la realidad misma del vino en su Sangre, quedando solamente inmutadas las propiedades del pan y del vino, percibidas por nuestros sentidos*<sup>43</sup>.

#### EL DOGMA DE LA TRANSUSTANCIACIÓN

Muchos Padres de la Iglesia habían enseñado que la conversión eucarística es una conversión total<sup>44</sup>. Pero solamente después de la herejía de Berengario, la teología llegó a expresar con un solo término específico, transustanciación, la verdad de ese cambio absoluto y sobrenatural sufrido por la materia de la eucaristía. El Papa Inocencio III empleó por vez primera este término en la exposición de la doctrina católica<sup>45</sup>, y enseguida lo recogieron otros documentos de la Iglesia<sup>46</sup>. El Concilio de Trento, exponiendo la recta doctrina eucarística, en tantos puntos rechazada por el protestantismo, después de afirmar una vez más la presencia real de Jesucristo en este sacramento, definió solemnemente el modo en que ésta se realizaba: *si alguno dijere que en el sacrosanto sacramento de la Eucaristía permanece la sustancia del pan y del vino juntamente con el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y negare aquella maravillosa y singular conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo y toda la sustancia del vino en la sangre, permaneciendo sólo las especies de pan y vino; conversión que la Iglesia Católica llama aptísimamente transustanciación, sea anatema*<sup>47</sup>.

Después de Trento, la Iglesia ha seguido reafirmando en varias ocasiones la doctrina sobre la transustanciación, enseñando siempre que es un artículo de fe y que, por tanto, no debe ser omitido en la predicación ordinaria<sup>48</sup>. *La norma de hablar, que la Iglesia ha estable-*

(43) Paulo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 30-VI-1968; (44) Cfr. Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (45) Cfr. Inocencio III, Carta *Cum Marthae circa*, 29-XI-1202; Concilio IV de Letrán, cap. 1, año 1215; (46) Cfr. Urbano IV, Bula *Transiturus de hoc mundo*, 11-VIII-1264; Concilio II de Lyon, *Profesión de fe de Miguel Paleólogo*, año 1274; Benedicto XII, Memorial *Iam dudum*, año 1341, n. 67; Concilio de Constanza, *Errores de Wicleff*, 4-V-1415, nn. 1-3; Concilio de Florencia, Bula *Exultate Deo*, 22-XI-1439; (47) Concilio de Trento, sess. XIII, can. 2; (48) Cfr. Benedicto XIV, const. *Nuper ad nos*, 16-III-1743; Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, n. 29; León XIII, *Errores de Rosmini*, 14-XII-1887, n. 29; San Pío X, decr. *Lamentabili*, 3-VII-1907; Pío XII, alloc. 22-IX-1956; Paulo VI, *Homilía en el Congreso Eucarístico de Pisa*, 11-VI-1965; enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; *Credo del Pueblo de Dios*, 30-VI-1968;



cido con un prolongado trabajo de siglos, no sin ayuda del Espíritu Santo, que la autoridad de los Concilios ha confirmado, y que con frecuencia se ha convertido en contraseña y bandera de la fe ortodoxa, debe ser escrupulosamente conservada, y nadie, por su propio arbitrio o con pretexto de nueva ciencia, se atreva a modificarla. ¿Quién podría tolerar que las fórmulas dogmáticas usadas por los Concilios Ecu-  
ménicos para los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarna-  
ción fueran juzgadas como inadecuadas a los hombres de nuestro tiem-  
po, y que en su lugar se empleasen inconsideradamente otras nuevas? Del mismo modo, no puede tolerarse que cualquier persona privada pueda atentar a su gusto contra las fórmulas con que el Concilio Tri-  
dentino ha propuesto la fe del misterio eucarístico, puesto que esas fórmulas— como las demás de que la Iglesia se sirve para proponer los dogmas de la fe— expresan conceptos que no están ligados a una de-  
terminada forma de cultura, ni a una determinada fase de progreso científico, ni a una u otra escuela teológica, sino que manifiestan lo que la mente humana percibe de la realidad en la universal y necesaria experiencia, y lo expresan con adecuadas y determinadas palabras to-  
madas del lenguaje popular o del lenguaje culto. Por eso resultan aco-  
modadas a los hombres de todo tiempo y lugar<sup>49</sup>.

Cabe, sí, explicar las fórmulas dogmáticas más clara y amplia-  
mente con mucho fruto, pero nunca en sentido diverso de aquel en  
que fueron usadas, de modo que al progresar la inteligencia de la fe,  
persevere intacta la verdad de la fe<sup>50</sup>. Por eso, no se puede insistir tanto  
en la razón de signo sacramental como si el simbolismo, que todos  
ciertamente admiten en la Santísima Eucaristía, expresase exhausti-  
vamente el modo de la presencia de Cristo en este Sacramento; ni dis-  
cutir acerca del misterio de la transustanciación sin decir una palabra  
de la admirable conversión de toda la sustancia del pan en el Cuerpo  
de Cristo y de toda la sustancia del vino en su Sangre, de que ha-  
bla el Concilio de Trento, de suerte que queden limitadas solamen-  
te, como dicen, a la «transignificación» y «transfinalización»<sup>51</sup>. Cier-  
tamente, una vez realizada la transustanciación, las especies de pan  
y de vino adquieren un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que  
ya no son el pan ordinario y la ordinaria bebida, sino el signo de una  
cosa sagrada, signo de un alimento espiritual; pero, en tanto adquie-

(49) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (50) *Ibid.*; Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 4; (51) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965;



ren un nuevo significado y un nuevo fin, en cuanto contienen una «realidad» que con razón denominamos ontológica. Porque bajo dichas especies ya no existe lo que había antes, sino una cosa completamente diversa; y esto no únicamente por el juicio de fe de la Iglesia, sino por la realidad objetiva, puesto que convertida la sustancia o naturaleza del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, no queda ya nada del pan y del vino, sino las solas especies<sup>52</sup>. Así pues, toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio debe mantener —para estar de acuerdo con la fe católica— que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están desde ese momento realmente delante de nosotros, bajo las especies sacramentales del pan y del vino, como el Señor ha querido, para darse a nosotros en alimento y para asociarnos en la unidad de su Cuerpo Místico<sup>53</sup>.

#### CARACTERÍSTICAS DE LA PRESENCIA EUCARÍSTICA

La Eucaristía es el mismo Cristo que padeció en la Cruz y está sentado ahora a la derecha del Padre<sup>54</sup>. Ahí lo tienes —comenta el Padre—: es Rey de Reyes, y Señor de Señores. —Está escondido en el Pan. Se humilló hasta esos extremos por amor a ti<sup>55</sup>. Sólo en el cielo y en el sacramento del Altar se encuentra la Santísima Humanidad de Cristo; pero no son cosas que repugnen entre sí que el mismo Salvador nuestro esté sentado a la diestra de Dios Padre, según su modo natural de existir, y que en muchos otros lugares esté sacramentalmente presente para nosotros en su sustancia, con un modo de existir que —aunque apenas podamos expresar con palabras— podemos sin embargo alcanzar con la razón ilustrada por la fe, y debemos creer firmísimamente que es posible para Dios<sup>56</sup>. Por tanto, el Cuerpo de Cristo, después de las palabras de la consagración, es numéricamente el mismo cuerpo que nació de la Virgen y fue inmolado en la Cruz<sup>57</sup>, aunque se hace presente bajo las especies eucarísticas de un modo diverso —a manera de la sustancia, explica la teología— a como está

(52) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (53) Paulo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 30-VI-1968; (54) Martín V, Bula *Inter cunctas*, 22-II-1418; Cfr. Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947; (55) *Camino*, n. 538; (56) Concilio de Trento, sess. XIII, cap. 1; Cfr. Clemente IV, Carta *Quanto sincerius*, 28-X-1267; Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (57) Clemente VI, const. *Super quibusdam*, 29-IX-1351;



en la gloria: *la existencia única e indivisible del Señor en el Cielo no se multiplica, sino que se hace presente por el Sacramento en todos los lugares de la tierra donde se celebra la Misa* <sup>58</sup>. Esta fue siempre la fe de la Iglesia, que afirma además la presencia íntegra de Cristo —Dios y Hombre— bajo cada una de las especies sacramentales: *ciertamente, en virtud de las palabras, el Cuerpo se halla presente bajo la apariencia de pan, y la Sangre bajo la de vino; pero en virtud de aquella natural conexión y concomitancia por la que se unen entre sí las partes de Cristo Señor, «que resucitó de entre los muertos para no morir más»* <sup>59</sup>, *el Cuerpo mismo se halla presente bajo la apariencia del vino, la Sangre bajo la apariencia del pan, y el alma bajo ambas. La divinidad se halla presente, en fin, a causa de su maravillosa unión hipostática con el alma y con el cuerpo* <sup>60</sup>. Por esta razón, *todo Cristo se encuentra íntegramente presente bajo la especie de pan y bajo cualquier parte de la misma especie; y todo igualmente está bajo la especie de vino y bajo las partes de ella* <sup>61</sup>, siendo dogma de fe, expresamente definido por la Iglesia, que *Cristo entero está contenido bajo cada una de las especies y bajo cada una de las partes de cualquiera de las especies, hecha la separación* <sup>62</sup>.

La transustanciación es un milagro que sólo la Omnipotencia divina puede realizar, pues por ella los accidentes del pan y del vino —propiedades físico-químicas, cantidad, estructura atómica, etc.— permanecen sin sujeto en el sacramento: son mantenidos en el ser por una especialísima y directa intervención de Dios <sup>63</sup>, que —siendo autor del orden natural y creador de todas las cosas— puede suspender con su poder las leyes naturales. La persistencia de las especies eucarísticas con todas sus propiedades permite que las acciones y pasiones ejercidas sobre el sacramento se realicen exclusivamente sobre los accidentes, sin afectar para nada al Cuerpo y Sangre de Cristo, impasible por haber sido ya glorificado. Lo canta la Iglesia en la liturgia del Corpus Christi: *cuando se divide el Sacramento, no vaciles, sino recuerda que Jesucristo tan entero está en cada parte como antes en el todo. Ninguna partición hay en la sustancia; tan sólo hay partición de los accidentes,*

(58) Paulo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 30-VI-1968; (59) *Rom.* VI, 5; (60) Concilio de Trento, *sess.* XIII, *cap.* 3; (61) *Ibid.*; (62) *Ibid.*, *sess.* XIII, *can.* 3; Cfr. Concilio de Constanza, *sess.* XIII; *Ibid.*, Bula *Inter cunctas*, 22-II-1418, n. 17; Concilio de Florencia, Bula *Exultate Deo*, 22-XI-1439; Concilio de Trento, *sess.* XXI, *cap.* 3; Pío IV, Bula *Iniunctum nobis*, 13-XI-1564; Benedicto XIV, *const. Nuper ad nos*, 16-III-1743; León XIII, *Decreto del Santo Oficio sobre los errores de Rosmini*, 14-XII-1887, n. 31; (63) Cfr. Concilio de Constanza, *Errores de Wicleff*, 22-II-1418, n. 2; Concilio de Trento, *sess.* XIII, *can.* 2;



sin que se disminuya ni el estado ni la estatura del que allí está contenido <sup>64</sup>.

#### CULTO EUCARÍSTICO

La persistencia de los accidentes, con las características propiedades del pan y del vino, son signo de que el Cuerpo y la Sangre del Señor siguen realmente presentes bajo el velo sacramental. Contra los reformadores protestantes, que admitían la presencia de Cristo exclusivamente en el uso del sacramento, la Iglesia afirmó solemnemente: *si alguno dijere que, después de la consagración, el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo no están en el admirable sacramento de la Eucaristia, sino sólo en el uso, al ser recibido, pero no antes ni después; y que en las hostias o partículas consagradas que sobran o se reservan después de la comunión no permanece el verdadero cuerpo del Señor, sea anatema* <sup>65</sup>.

*Hijos míos* —nos ha dicho muchas veces el Padre—, *cuando contempléis la Sagrada Hostia expuesta en la custodia sobre el altar, o escondida en el sagrario, mirad qué amor, qué ternura la de Cristo. Yo me lo explico por el amor que os tengo: si pudiera estar lejos trabajando, y a la vez junto a cada uno de vosotros, ¡con qué gusto lo haría! Cristo, en cambio, sí puede. Y El, que nos ama con un amor infinitamente superior al que puedan albergar todos los corazones de la tierra, se ha quedado para que podamos unirnos siempre a su Humanidad Santísima, para ayudarnos, para consolarnos, para fortalecernos, para que seamos fieles. En esta permanencia del único y verdadero Jesucristo, Dios y Hombre, en el sacramento del Altar, mientras permanezcan en su ser propio las especies sacramentales, se fundamenta el culto de adoración que la Iglesia ha rendido siempre a la Eucaristía* <sup>66</sup>. *Todos los fieles de Cristo, al venerar este santísimo sacramento, deben tributarle aquel culto de latría que se debe al verdadero Dios. En efecto, el hecho de que Cristo Señor lo instituyera para ser recibido, no es razón para que se le deba adorar menos, ya que creemos que en El está presente aquel mismo Dios a quien el Padre Eterno, al introducirle en el orbe de la tierra, dice: «Y adórenle todos los ángeles de Dios»* <sup>67</sup>; a quien los Magos «postrán-

(64) *In fest. S. Corpus Christi, seque.*; (65) Concilio de Trento, sess. XIII, can. 4; Cfr. Concilio I de Lyon, año 1245; Gregorio XI, *Errores condenados*, 8-VIII-1371; Concilio de Florencia, Bula *Cantate Domino*, 4-II-1442; (66) Cfr. Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (67) *Hebr.* 1, 6;



dose le adoraron»<sup>68</sup>; a quien la Escritura atestigua que fue adorado por los Apóstoles en Galilea<sup>69,70</sup>.

La Eucaristía es la joya más preciosa del Cuerpo Místico de Cristo, su fuerza y su vida, centro de la Iglesia universal y de toda la humanidad, porque bajo el velo de las sagradas especies está contenido Cristo, Cabeza invisible de la Iglesia, Redentor del mundo, centro de todos los corazones, «por quien son todas las cosas y nosotros en El»<sup>71</sup>... Mientras la Eucaristía es conservada en las iglesias y oratorios, Cristo es verdaderamente el Emmanuel, es decir, «Dios con nosotros», pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad<sup>72</sup>; ordena las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles, incita a su imitación a todos los que se acercan a El, a fin de que con su ejemplo aprendan a ser mansos y humildes de corazón, y a buscar no las cosas propias sino las de Dios. Cualquiera, pues, que se dirige al augusto Sacramento Eucarístico con particular devoción, y se esfuerza en amar a su vez con prontitud y generosidad a Cristo que nos ama infinitamente, experimenta y comprende a fondo, no sin gran gozo y aprovechamiento del espíritu, cuán preciosa es la vida escondida con Cristo en Dios<sup>73</sup> y cuánto vale entablar conversaciones con Cristo: no hay cosa más suave que ésta, nada es más eficaz para recorrer el camino de la santidad<sup>74</sup>.

El Señor está siempre esperando en el Sagrario. Cuando una persona de la tierra es algo, supone algo, tiene una pequeña autoridad, una cualidad que le dé distinción frente a los demás —quiera o no quiera—, tiene que hacer esperar por lo menos un poco a los que desean verle. ¿Y qué son todos los que gobiernan en el mundo, y qué son todas las grandezas de la tierra, si se comparan con la Majestad de Dios? Dios, en cambio, no nos hace esperar. Es El, con su bondad infinita, quien hace antesala. Por eso, cuando te acercas al Sagrario, piensa que ¡El!... te espera desde hace veinte siglos<sup>75</sup>.

#### EFFECTOS DE LA EUCARISTÍA

La Santísima Eucaristía es semilla de vida eterna: quien come mi carne y bebe mi sangre —prometió Jesús en Cafarnaún— tiene vi-

(68) *Matth.* II, 11; (69) Cfr. *Matth.* XXVIII, 17; (70) Concilio de Trento, sess. XIII, cap. 5; Cfr. Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947; Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (71) *I Cor.* VIII, 6; (72) Cfr. *Ioann.* I, 14; (73) Cfr. *Colos.* III, 3; (74) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (75) *Camino*, n. 537;



da eterna y yo le resucitaré en el último día<sup>76</sup>. Es medicina de la inmortalidad, antídoto contra la muerte y alimento para vivir por siempre en Jesucristo<sup>77</sup>; y mientras se consuma la historia de la salvación, y todas las criaturas esperan con expectación la venida gloriosa de su Señor al final de los tiempos, es prenda de tal esperanza y alimento para el camino<sup>78</sup>. Además va realizando —de un modo invisible pero efficacísimo— la ansiada unidad de los fieles que tanto deseara el Señor. El Santo Sinodo —exponía el Concilio de Trento al final de su Decreto sobre la Eucaristía— advierte con paternal afecto, ruega e implora «por las entrañas de misericordia de nuestro Dios»<sup>79</sup>, que todos y cada uno de los cristianos convengan y concuerden en este signo de unidad, en este vínculo de caridad, en este símbolo de concordia; y considerando tan gran majestad y el amor tan eximio de nuestro Señor Jesucristo, que dio su preciosa vida como precio de nuestra salvación y nos dio su «carne para comerla»<sup>80</sup>, crean y adoren estos sagrados misterios de su Cuerpo y de su Sangre con fe tan firme y constante, con tanta piedad y culto, que les permita recibir frecuentemente este «pan supersustancial»<sup>81</sup>, y que éste sea para ellos verdadera vida del alma y perenne salud de la mente; de tal forma que «fortalecidos con su vigor»<sup>82</sup>, puedan llegar desde esta pobre peregrinación a la patria celeste para comer allí, sin velos, el mismo «pan de los ángeles»<sup>83</sup> que ahora comen bajo los sagrados velos<sup>84</sup>. Es lo que pide la liturgia de la Iglesia cuando adora al Santísimo Sacramento: ¡oh Jesús, a quien ahora veo velado! Te pido que se cumpla lo que tanto anhelo: que viéndote finalmente cara a cara, sea yo dichoso con la vista de tu gloria<sup>85</sup>.

Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad<sup>86</sup>. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa<sup>87</sup>; pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia<sup>88</sup>, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano<sup>89</sup>. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resu-

(76) *Ioann.* VI, 55; (77) San Ignacio de Antioquía, *Epist. ad Ephes.* 20, 2; (78) Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 38; (79) *Luc.* I, 78; (80) *Ioann.* VI, 48; (81) *Matth.* VI, 11; (82) *III Reg.* XIX, 8; (83) *Ps.* LXXVII, 25; (84) Concilio de Trento, *sess.* XIII, cap. 8; Cfr. Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (85) Hymn. *Adoro te devote*; (86) Cfr. *Act.* I, 7; (87) Cfr. *I Cor.* VII, 31; San Ireneo, *Adv. haer.* 36, 1; (88) Cfr. *II Cor.* V, 2; *II Petr.* III, 13; (89) Cfr. *I Cor.* II, 9; *Apoc.* XXI, 4-5;



citarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción, se revestirá de incorruptibilidad<sup>90</sup>; y, permaneciendo la caridad y sus obras<sup>91</sup>, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas<sup>92</sup>, que Dios creó pensando en el hombre<sup>93</sup>. Jesucristo Nuestro Señor estará presente entonces en la comunidad de sus elegidos, no en misterio sino en su ser natural, y morará con ellos, y ellos serán su pueblo; y el mismo Dios, habitando en medio de ellos será su Dios<sup>94</sup>. Hasta entonces, la Sagrada Eucaristía es la acción más sagrada y trascendente que los hombres, por la gracia de Dios, podemos realizar en esta vida: comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y de tiempo, para estar ya con Dios en el Cielo, donde Cristo mismo enjugará las lágrimas de nuestros ojos y donde no habrá muerte, ni llanto, ni gritos de fatiga, porque el mundo viejo ya habrá terminado (cfr. Apoc. XXI, 4)<sup>95</sup>.

---

(90) Cfr. 1 Cor. XV, 42 y 53; (91) Cfr. 1 Cor. XIII, 8; (92) Cfr. Rom. VIII, 19-21; (93) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et Spes*, n. 39; (94) Apoc. XXI, 3; (95) Homilía en el campus de la Universidad de Navarra, 8-X-1967.